

EL NIÑO QUE NO SABÍA PONERSE LOS ZAPATOS

Érase una vez un niño que sabía las letras y los números, sabía leer y sumar, sabía escribir y restar, pero no sabía ponerse los zapatos. Todos le decían “si eres tan listo, ¿por qué no te pones solito los zapatos?”. Pero él era listo para contar historias, para cantar canciones, para leer cartas, para hacer cálculos... pero no era listo para ponerse los zapatos. Mamá le decía “D., debes tratar de ponerte los zapatos, yo te ayudaré, pero es tu responsabilidad vestirme y calzarte solo. Mamá no siempre podrá hacerlo por ti”. Pero ahí estaba D. con los pies descalzos y los zapatos en la puerta sin poder salir a jugar con sus amigos porque no sabía calzarse.

Un día de invierno, D. quiso salir a jugar al patio. Llovía y hacía frío y D no pudo calzarse. “Tengo frío, tengo frío”, dijo D. a su mamá al volver a casa con los pies congelados y mojados. Al día siguiente no pudo ir al colegio, se quedó en la cama resfriado. “Será más fácil cuando llegue el verano”, pensó D. sin intención de calzarse solo.

Pasó el invierno, pasó la primavera y llegó el verano. Brillaba el sol y hacía calor, D. quiso salir a jugar al patio, de nuevo sin zapatos, y se quemó los pies. “¡Quema, quema, quema!”, dijo a su papá al regresar a casa. Al día siguiente tenía ampollas en las plantas de los pies y le dolía al pisar. “Esto no puede seguir así”, pensó, “Debo encontrar una solución”.

“Llamaré al yayo M., que es de esos inventores que mamá llama ingenieros: el yayo M. inventará algo para no sufrir más ni la lluvia ni el frío ni el calor en mis pies”, se dijo. Cogió el teléfono decidido y dijo “¿Hola? ¿Yayo? Tengo un problema. No sé ponerme los zapatos y mis pies se enfrían o se queman. ¿Podrías inventar un pantalón con zapatos? Soy bueno poniéndome los pantalones de chándal del cole. O quizás unos zapatos que se abrochen solos, como la aspiradora de papá que va solita por toda la casa. Al fin y al cabo, tú eres inventor, inventa algo para que no tenga que ponerme los zapatos”.

El yayo, lo escuchó con atención y calló. “Mi querido D., te enfrentas a un gran reto. Pensaré en ello y mañana te llamaré y te daré una solución. ¡Hasta mañana!”. D. pasó toda la noche soñando con inventos maravillosos... ¿qué inventaría el yayo M. para él?

Al día siguiente, sonó el teléfono, era el yayo, como prometió. D. contestó al teléfono con urgencia. “Yayo, ¿qué inventaste? Todos los niños del patio querrán probar mis zapatos mágicos que se ponen solos... Ya nunca más tendré que esforzarme en ponerme los zapatos”.

El yayo M. contestó “He tenido una idea aún mejor que esos inventos de los que me hablaste. Necesitarás 30 nueces. Las nueces tienen un superpoder: al comerlas, te hacen un poco más listo. ¿Por qué si no tienen forma de cerebro? Cada día intentarás ponerte tus zapatos y lo consigas o no, te comerás una nuez. Así durante 30 días. Sólo tienes que prometerme que te esforzarás cada día, y que te comerás cada nuez, claro. Cuando te hayas comido las 30 nueces sabrás ponerte solo los zapatos”.

D. adoraba a su yayo, él también quería ser inventor. No sabía que las nueces tenían superpoderes, Puede que él no fuera tan listo. O que fuera listo sólo para algunas cosas. El caso es que le pidió a su mamá 30 nueces y los zapatos nuevos, y lo intentó, lo intentó y lo intentó, hasta que lo consiguió. Con imaginación, esfuerzo y buenos alimentos, logró finalmente ponerse los zapatos sin ayuda.

FIN.